MENCÍA YANO

Pintando Nueva York

Capítulo I

Alba pintaba en su pequeño estudio, meditando sobre todo lo que le había ocurrido en tan poco tiempo. En los escasos tres meses que llevaba en Nueva York, su vida había cambiado por completo. Pero lo peor, sin duda, había sido perder el bebé que esperaban Xurxo y ella con tanta ilusión. Desde entonces, él vivía permanentemente enfadado.

Alba sabía que aquel malhumor que se había instalado en sus vidas no traería nada bueno. Las conversaciones que mantenían ya sólo giraban sobre cosas de la vida cotidiana, más bien eran las típicas conversaciones de cortesía. La distancia entre ellos era cada vez más grande, y se estaba convirtiendo en una brecha demasiado profunda, que ninguno de los dos sabía cómo reparar.

Alba se refugiaba en su estudio con la disculpa de que tenía que preparar la exposición conjunta a la que la habían invitado y que podría resultar el despegue definitivo de su carrera como pintora. En realidad, no era ninguna disculpa, pues en ese evento exponían pintores y escultores de muchísimo renombre. No podía permitirse fallos. Tenía que sacar lo mejor de sí misma, pero no estaba centrada. Se metía en su estudio y se quedaba embobada

mirando por el gran ventanal el movimiento de aquella inmensa ciudad que, de igual modo, podría engullirla o encumbrarla.

Ella había ido hasta allí con la ilusión y la fuerza que le daba esa vida interior que conseguía transmitir a través de su pincel. Había logrado impresionar a varios marchantes que buscaban sabia nueva, ideas, y formas diferentes. No podía tirar la toalla ahora. Las dificultades, o problemas íntimos, no podían suponer una traba en su vida profesional. Al contrario, todo eso debería servirle para expresarse artísticamente. Todas las experiencias tenían que ser válidas por dolorosas que resultasen.

Era consciente de todo esto, aun así, muchas veces se quedaba bloqueada cuando pensaba en lo que les estaba pasando.

Xurxo salía cada mañana para ir a dar sus clases. Al parecer le iba mejor que a ella en la Gran Manzana. Había hecho buenos amigos con los que salía en algunas ocasiones a cenar. Se había adaptado perfectamente, sin embargo, no había llevado bien la gira que ella había hecho por varias ciudades del país en una exposición itinerante y conjunta con otros artistas.

El médico le había recomendado un poco de reposo, porque había tenido pérdidas, pero ella no podía suspender aquel proyecto, era el que los había llevado hasta allí. Tampoco quería dejar en la estacada al promotor de la iniciativa, que contó con ella aún no sabía muy bien por qué. Así que hizo caso omiso de las recomendaciones del médico y durante mes y medio que duró la exposición, se paseó por un montón de ciudades y estados diferentes. A veces en avión, otras en tren, dependiendo de las distancias y la conveniencia del promotor. Hasta que, en Toronto, la última ciudad de la gira, tuvieron que ingresarla en un hospital con una hemorragia tan fuerte que a punto estuvo de costarle la vida.

Xurxo hablaba con ella por teléfono todos los días pidiéndole que reposara, y repitiéndole constantemente que volviera, que una vez que la gira estaba en marcha, aunque ella no estuviese

presente, no pasaría nada. Pero el promotor que no sabía nada de su embarazo, ni de sus problemas, quería que todos los artistas estuviesen en cada sala de exposición de cada ciudad a la que iban. Y ella se había empeñado en no defraudarlo y no calibró bien las consecuencias de su empeño. Así que cuando recibió la llamada desde el Hospital de Toronto apremiándolo para que se personase allí, porque la situación de Alba era delicada, cogió el primer vuelo para estar a su lado, pero no pudo evitar que Alba leyera en sus ojos el reproche y sintiera como la culpabilizaba aun sin palabras. Eso la entristeció todavía más, y fue lo que abrió esa fisura entre ambos, que cada vez se estaba haciendo más grande.

Alba lloró hasta que no le quedaron lágrimas. Xurxo estuvo a su lado en todo momento, no le recriminó absolutamente nada, pero no hacía falta. Él tampoco podía evitar la tristeza y el resentimiento de su mirada, y aquel silencio los fue envolviendo hasta llegar a la situación en la que se encontraban ahora.

El padre de Alba, Manuel y Uxía, la madre de Xurxo, que desde hacía unos años eran pareja, en cuanto se enteraron de lo que había pasado y de la crítica situación en el estado de salud de Alba se presentaron en Toronto, y los acompañaron hasta que pasó el peligro y a Alba la dieron de alta.

A Uxía le bastó con mirar a los ojos de su hijo para saber que las cosas no serían fáciles para la joven pareja, pero ellos como padres no podían hacer otra cosa que apoyarlos en todo aquello que decidieran.

Regresaron a España preocupados, asegurándoles que volverían con la hermana de ambos, Antía, en Semana Santa.

Alba le daba vueltas a todo. No podía concentrarse y no estaba pintando como debería.

La primera vez que expuso en «Arco» en Madrid, llamó mucho la atención un cuadro en el que había pintado la avenida más importante de Miramar, el pueblo de su Galicia natal, en el

que había transcurrido su infancia y adolescencia. Así se dio a conocer ante el gran público, con su estilo hiperrealista. La gente se paraba a mirar y se acercaban lo máximo posible porque realmente parecía una fotografía. Algunos críticos, lo habían calificado como *foto realismo* o realismo mágico, por sus diferencias expresivas.

Sus obras sorprendieron no sólo por su capacidad pictórica, si no por su visión para modificar la realidad haciéndola más potente. Era «hiperrealista», mostraba siempre mucho más de lo que los ojos sencillos de los que miraban podían ver. Las luces, los contrastes, los colores vivos, los dibujos complejos, las composiciones bien estructuradas, etc. Podría decirse perfectamente que sus obras tenían más vida que la propia realidad. Y esto es lo que habían visto en ella los críticos y por supuesto los marchantes que la habían animado a hacer aquel viaje a Estados Unidos, y a instalarse en la Gran Manzana; eso y las ganas inmensas que tenía ella de pintar Nueva York.

Xurxo ni se lo pensó, en cuanto supo la proposición que le habían hecho a su chica y vio la ilusión que a ella le hacía, le facilitó todo. Pidió una excedencia en la Delegación de educación, y se buscó un trabajo a través de la embajada para dar clase de español. No tuvo problemas, enseguida le ofrecieron varias opciones. Eligió un instituto en Brooklyn, porque pensó que sería una buena zona para vivir. Pero a Alba le gustaba estar entre artistas y prefirió Nolita; no estaba mal, era un barrio céntrico, muy renovado, y aunque caro, no lo era tanto como otras zonas de la Gran Manzana.

Él tenía un sueldo con el que podrían vivir haciendo malabarismos, pero las obras de ella empezaban a cotizarse bastante bien, así que disponían de una buena economía

Durante la exposición itinerante había vendido prácticamente todo, podía decirse que nadaban en la abundancia. Y

ahora muchísimo más, con la oferta que le habían hecho para exponer en aquella Galería con artistas tan importantes como el famoso escultor Liam Dormann, junto a otros a los que sólo conocía por los reportajes que había visto en algunas revistas de arte, y que ya tenían un nombre. Exponer junto a ellos no sólo era la oportunidad de su vida, era lo que siempre había soñado; exponer en Manhattan al lado de los artistas más renombrados del momento.

Su representante, Francis, un español afincado en Estados Unidos desde hacía diez años, había visto el potencial de Alba y no la dejó en paz hasta que consiguió que firmara con él. Ahora la representaba y se ocupaba de buscarle las mejores salas y los mejores eventos para exponer.

No podía defraudarlo, ni a él ni a nadie. Tenía que ponerse las pilas cuanto antes.

Eran las cuatro de la tarde, Xurxo no tardaría en llegar. Tenían pendiente una seria conversación que ya habían demorado demasiado tiempo y Alba sintió que había llegado el momento de tenerla. Por fin se sentía preparada para afrontar cualquier decisión que fuera necesario tomar.

Pero antes necesitaba salir, airearse un poco y pensar con claridad lo que quería decirle. Tenía tiempo de acercarse hasta el Soho, dónde estaba la sala de exposición. De paso podría ver el espacio del que disponía para sus obras, y el lugar que le habían adjudicado. Según Francis podría llevar cinco cuadros grandes, aunque si estos eran de menor tamaño cabría alguno más, pero ella quería verlo con sus propios ojos. Además, ir hasta allí la ayudaría a despejarse y para cuando tuviera que hablar con Xurxo estaría mejor. No lo pensó más, se cogió un chaquetón, el gorro, los guantes y la bufanda, y salió. Era marzo y la primavera estaba a punto de empezar, pero había caído una nevada tremenda, y las temperaturas no subían de menos cinco.

Fue caminando, le apetecía sentir el aire frío en la cara, la ayudaba a despejarse. Al llegar al local se dio cuenta de que quizás ya estaría cerrado, no lo había pensado. No pensó nada, su cerebro llevaba días embotado y no daba una. Por suerte en la entrada había un tipo de seguridad que, en cuanto se identificó la dejó entrar sin problemas, aunque la avisó de que, en una hora más o menos, cerrarían.

Había poca luz, pero era normal, no parecía haber nadie. Aquel sitio era inmenso, y ya habían llegado buena parte de las obras. Pudo observar y hasta tocar las increíbles esculturas de Liam Dormann; eran impresionantes, no sólo por su grandiosidad, sino por la perfección de las líneas. Ya habían colgado también algunos cuadros de estilos varios, se podía apreciar claramente que eran de diferentes autores. Le gustó mucho uno en particular de estilo naíf. «¡Qué diferente podía ser la visión del mundo dependiendo de quién y cómo lo mirara!», pensó.

Estaba totalmente absorta observando todo aquello cuando escuchó una especie de gemido, al principio se asustó, pero al prestar atención volvió a oírlo. Muy despacio fue dirigiendo sus pasos hasta el lugar de procedencia de aquel sonido.

Rodeó unas inmensas cajas y al fondo, contra la pared en la que se suponía que tendría ella que colgar sus cuadros, había una pareja haciendo el amor. Bueno, eso era decirlo con mucha suavidad, lo que aquellos dos hacían era follar, ella prácticamente desnuda empotrada en la pared mientras el tipo, con los pantalones por la mitad del culo y sin camiseta, le tenía cogidas las manos por las muñecas y se las sujetaba contra la pared por encima de la cabeza, mientras ella se aferraba a él abrazándolo con las piernas alrededor de su cadera. Él la embestía sin piedad y amortiguaba sus gemidos comiéndole la boca. Aquella visión la dejó paralizada, tenía que irse de allí. No estaba bien espiar a la gente, pero no podía dejar de mirar y de sentir aquel calor que le subió desde lo

más profundo de su vientre hasta las mejillas. De pronto sintió ganas de tocarse, o de que aquel individuo al que no podía ver la cara, la follara a ella de la misma manera que lo estaba haciendo con aquella mujer. Se le escapó un gemido y cuando se dio cuenta de que la habían oído se marchó corriendo, tropezó con algún cartón de embalaje que había por el medio. No podía dejar que la vieran. Sería demasiado vergonzoso tener que encontrarse a aquellos dos y que ellos supieran que había disfrutado viéndolos.

Salió escopetada del lugar sin apenas despedirse del guardia de seguridad, que la vio salir corriendo y girar la esquina, sin mirar atrás.

Ni un minuto después, detrás de ella y a medio vestir salió el tipo hasta mitad de la acera, pero no pudo ver a nadie, contrariado miró para el de seguridad que lo observaba asombrado preguntándose, qué le habría pasado para que saliera a medio vestir a la calle.

—¿Has visto la chica que salió corriendo? ¿Sabes quién era?

—Sí, claro que la he visto, es la pintora española, no me acuerdo como se llama.

—¡Ok, gracias!

—Señor Dormann, ¿va a tardar mucho? Es que tengo que cerrar y conectar la alarma.

—No te preocupes, nos vamos enseguida.

Liam entró pensando en la imagen que se habría llevado de él aquella chica, una artista que él mismo había descubierto.

Se había encargado personalmente de que la invitaran a formar parte de aquella exposición. Bueno con un poco de suerte no lo reconocería porque si no recordaba mal, cuando se dio la vuelta para mirar quien había, ella también se había girado para escapar.

Alba se fue hasta casa prácticamente corriendo. Había salido para despejarse y ¡vaya con lo que se había encontrado! No podía dejar de pensar en la espalda de aquel tipo y en como follaba a

aquella mujer, y lo peor de todo era que no dejaba de pensar que por un momento había deseado ser ella la que rodeara con las piernas la cintura de aquel hombre, la que estuviera empotrada en la pared mientras el tipo la follaba. ¿Por qué se había excitado tanto? Es verdad que desde lo del aborto no había vuelto a hacer el amor con Xurxo, pero tampoco tenía ganas. Y ahora de pronto aquella visión la trastornaba totalmente.

Xurxo físicamente estaba muy bien, era alto y guapo y además estaba en forma; bien podía, que para eso corría varios kilómetros todos los días antes de irse a trabajar. O sea que físicamente no tenía por qué mirar a otros. Pero no se trataba de físico, era más bien aquella visión tan erótica del tipo empotrando a la mujer contra la pared y comiéndosela a mordiscos.

Estaba saliendo del ascensor y todavía seguía pensando en aquello con la libido alterada. Al entrar en casa sintió el ruido de la ducha y supo que Xurxo había llegado. Fue a la habitación, se desnudó y se puso una bata. Esperaría a que él terminase de ducharse para hacerlo ella, lo necesitaba.

Dejó la puerta entornada para verlo salir del baño, sabía que siempre salía desnudo y le apetecía verlo. Estaba bien bueno, qué lástima que las cosas entre ellos no funcionaran como debían. Se metió en el baño, no sin antes avisarlo de que estaba en casa.

—Hola, Xurxo, ya he llegado, me voy a duchar.

—¿Cuándo has llegado? No te oí.

—Hace un momento. Me ducho y hablamos.

Xurxo se quedó parado en mitad de aquel salón inmenso que era toda la casa, a excepción del baño y la habitación, que estaban en una especie de altillo al que se accedía por unas escaleras de caracol muy artísticas. Arriba estaba también el estudio de Alba, una habitación bastante grande y luminosa, algo primordial para ella. Necesitaba luz para poder pintar.

Xurxo se vistió, y mientras Alba se duchaba preparó algo de cenar.

Una ensalada, un poco de Jamón que les habían llevado sus padres, y una variedad de quesos que a Alba le encantaba. Menos mal que había comprado pan. Aunque, se hacía difícil no comprarlo en aquel barrio, había más panaderías que en el resto de la ciudad. Era raro no pasar por delante de alguna y sentir aquel olorcito a pan recién hecho que te incitaba a comprar.

Alba bajó en pijama y se sentó en el lugar en el que siempre lo hacía, Xurxo estaba descorchando una botella de vino.

—¿Celebramos algo?

—Siempre hay que celebrar algo, Alba, hoy por ejemplo podríamos celebrar que por fin tienes ganas de hablar.

—Eso que has dicho me ha dolido.

—Lo sé, pero tengo razón, piénsalo. Por mí ya hubiéramos hablado hace tiempo, pero pensé que eras tú la que tenías que dar el paso y sabía que lo harías cuando estuvieses preparada, por eso creo que hoy tenemos un motivo para celebrar. Pero primero comamos y poco a poco iremos hablando.

Alba lo miraba un poco asombrada por lo que había dicho, pero no dejaba de pensar que llevaba razón, Tenían aquella conversación pendiente desde hacía tiempo, aunque ella no se había sentido con fuerzas para abordarla. Y hoy por fin, parecía haber encontrado la inspiración y el empuje necesario para hacerlo.

—¡Qué bueno está este jamón! Me da pena que se acabe —dijo Alba sin saber aún por dónde empezar.

—No te preocupes, nuestros padres vendrán en Semana Santa y nos traerán más.

—Xurxo, ¿qué pasaría si tú y yo nos separásemos? ¿Qué crees que harían mi padre y tu madre? —le salieron por fin las palabras, a bocajarro.

—Pues lo que han hecho siempre, querernos y respetarnos. Pero tú no me haces esa pregunta por curiosidad, ¿de verdad estás pensando en eso? ¿Quieres que nos separemos?

—No sé si quiero, lo que sí sé es que así no podemos seguir. Tú no has dejado de culparme por el aborto, desde que fuiste a Toronto a buscarme. Cuando te vi entrar en la habitación del hospital tan abatido, me sentí culpable, pero lo que no pude soportar, fue lo que vi en tus ojos. No era sólo tristeza, con eso hubiéramos podido ambos, era resentimiento, algo que aún puedo ver hoy, y con lo que no estoy dispuesta a vivir.

—Tienes razón, estábamos muy tristes los dos, pero lo hubiéramos superado sin problemas. Tampoco es tan grave un aborto en el primer trimestre, porque estabas de poco más de tres meses. Lo que sí me pareció grave y me lo sigue pareciendo, es que hayas antepuesto tu pintura a nuestra felicidad, tu pintura por delante de todo, hasta del hijo que sabías que perderías si no frenabas. Y sin embargo no lo hiciste, no frenaste. No te importó nada. Sólo tú pintura.

Alba lo miraba fijamente y por un momento quedaron en silencio hasta que ella tomó la palabra de nuevo.

—Tal vez tengas razón y antepuse «mi pintura» como tú dices, pero fue la pintura la que nos trajo aquí, y tú aceptaste eso. Fue precisamente aquella exposición itinerante la que nos trajo a vivir aquí. No podía, ni debía dejarla. No sé si fui egoísta o no, pero te aseguro que la pintura es mi vida y jamás voy a renunciar a ella. No tenías que haberme puesto en la disyuntiva de «o la pintura o yo» nunca debiste hacer eso. Me conoces, sabes que te quiero y eso no venía al caso.

—Estás siendo injusta, no te di a elegir nada, y por si no lo recuerdas lo dejé todo para venir a hacer realidad tu sueño.

—No te equivoques, me hiciste elegir cuando me dijiste que debería quedarme, y que si me iba y perdía el niño sería culpa mía.

—¿Y qué querías que te dijera? Fue lo que dijeron los médicos. Que tenías que guardar reposo o el embarazo no iría adelante. Tu forma de actuar me hizo pensar que en realidad no querías ese embarazo.

—Bueno, y si así fuera, ¿¡qué!? Aunque no me entusiasmase el embarazo, eso no significa que no te quisiera a ti, o que tuvieras que tratarme como si fuera una irresponsable. Ahí fue dónde te equivocaste, Xurxo. Yo no soy ninguna irresponsable, es por eso por lo que me vi en la obligación de cumplir con aquello con lo que me había comprometido. Y tú nunca deberías haberme hecho sentir más culpable de lo que ya me sentía. Por el contrario, tendrías que haberme arropado y quitado hierro al asunto, en vez de avivar el fuego con tus puyitas y tu resentimiento.

—Muy bien y puestas así las cosas qué opción tenemos, ¿tú qué quieres hacer?

—Creo que quizás nos vendría bien poner un poco de distancia. Las cosas vistas con perspectiva se ven diferentes.

—Así que quieres perspectiva. ¿Y cómo te parece que lo hagamos? ¿Quieres que me vaya yo, o prefieres irte tú?

—No hace falta que me hables en ese tono, cuando tú también estás pensando lo mismo que yo. Pero claro, te resulta más fácil seguir haciéndome responsable y culpable de todo.

—No, no quiero hacerte sentir mal, no quiero que lo nuestro se estropee más de lo que ya está, además nosotros, no sólo somos pareja, pase lo que pase, siempre seremos hermanastros, ¿no? Así que vamos a respetarnos, se lo hemos prometido a nuestros padres, y yo pienso cumplirlo.

—Tienes razón. No me gusta nada la situación a la que hemos llegado. Haremos como tú prefieras.

—Como sabes yo sólo no podría pagar este apartamento, así que quédate tú. Yo me buscaré algo en Brooklyn, trabajo allí y la

zona es más barata. Tal vez algún compañero quiera compartir vivienda.

—Me siento fatal por esto, ya sabes que puedo ayudarte, nunca fue el dinero mi interés.

—Lo sé, Alba, pero no es necesario y si me hiciera falta algo no dudaría en pedírtelo, espero que tú hagas lo mismo. Cualquier cosa que necesites; si te pones enferma, lo que sea, de verdad, Alba. No olvides que cuando salga de esta casa, dejaremos de ser pareja, pero continuaremos siendo hermanos. ¿De acuerdo?

Alba se levantó, fue hacia él y lo abrazó llorando en su cuello.

—Ves, ahora estoy siendo tu hermano más que otra cosa y eso no puede ser. Lo que tendría que hacer ahora sería desnudarte, comerte a besos y hacerte el amor hasta el amanecer, pero tú no quieres eso, y yo tampoco estoy seguro de quererlo.

—Xurxo, pase lo que pase, necesito saber que estás cerca, y que puedo llamarte, o verte si lo necesito.

—¿No has escuchado nada de lo que te he dicho?

—Sí, he escuchado, sólo quería recalcarlo.

—Bien pues ya está recalcado. Ahora vamos a dormir, que yo madrugo y tengo un día largo por delante. ¿Cómo quieres que hagamos mientras no me voy?

—Por favor duerme en la cama, es lo bastante grande para que podamos dormir los dos sin que tenga que pasar nada. Necesitas descansar y no lo harás si duermes en el sofá, ni yo tampoco.

—De acuerdo, como buenos hermanos entonces.

La volvió a abrazar y la besó en el pelo.

—Te querré siempre, Alba, y siempre serás muy especial para mí.

—Y tú para mí, Xurxo.

—¿Eres consciente de que esto se parece mucho a una despedida verdad?

Alba lo miró y se le escapó una lágrima, al tiempo que asentía con la cabeza y le preguntaba.

—¿Te volverás pronto a España?

—No lo creo, he pedido una excedencia, y pienso agotarla. Me está gustando vivir aquí más de lo que imaginaba. Así que de momento no pienso para nada en irme.

Alba sonrió y le dijo:

—No sabes cuánto me alegro.

Capítulo II

Hacía dos días que habían hablado y resuelto su situación. Desde entonces Alba estaba más tranquila, y por fin podía pintar.

Se levantaba bien temprano, desayunaba y se metía en su estudio hasta las doce del mediodía, a esa hora salía a dar una vuelta por la ciudad caminando. Se paraba a comer en cualquier parte, muchas veces lo hacía de pie, en la calle, como los neoyorquinos. Se estaba aficionado mucho a aquella manera de vivir. Salía siempre con su cámara colgada al cuello, lo fotografiaba todo. Luego elegía para pintar, lo que más le había gustado.

Le encantaban aquellas Townhouse de Chelsea. Si algún día conseguía hacerse lo bastante importante en lo suyo como para ganar mucho dinero, se compraría una de aquellas casas.

La calle era preciosa, cada casa con su escalera de entrada desde la acera, qué bien lo habían remodelado. Pintaría aquella calle.

Estaba totalmente ensimismada, haciendo fotos, cuando de una de aquellas casas salió un tipo. Parecía joven por la forma de vestir, aunque desde dónde estaba no podía verle la cara. Tenía el pelo de un rubio oscuro algo pajizo, era alto y desgarbado, Le pareció bastante atractivo, pero no quería mirarlo de forma descarada, así que siguió haciendo fotos y disimuladamente le sacó

varias. El joven la miró con indiferencia, pero ella se dio la vuelta como si no lo hubiese visto y siguió con lo suyo.

Cuando quiso darse cuenta eran las tres de la tarde y aún no había comido nada. Caminó hasta el primer vendedor de perritos que encontró, y casualmente allí estaba el tipo otra vez, comprando lo mismo que pensaba comer ella.

Se retrasó un poco esperando a que él terminase, y cuando empezó a alejarse, se colocó frente al vendedor y pidió.

Aquello podía ser comida basura y lo que quisieran, pero estaba buenísimo.

Terminó de comer y se buscó un Starbucks, necesitaba uno de aquellos cafés largos, a los que ya se había acostumbrado, de mismo modo que se había acostumbrado a casi todo en aquella ciudad maravillosa, que cada día le gustaba más.

Llegó a casa cansada y muerta de frío preguntándose cuándo terminaría aquel gélido invierno. Había caído una nevada tremenda y las temperaturas no pasaban de menos cinco. Menos mal que el apartamento en el que vivía contaba con un buen sistema de calefacción, entre otras muchas ventajas.

Lo primero que hizo fue darse una ducha muy caliente y ponerse el súper pijama de felpa bien gorda que le había regalado Uxía por navidad. «Hazme caso», le había dicho, «lo usarás más de lo que imaginas, en Nueva York los inviernos son muy fríos». ¡Cuánta razón tenía!

Ya bien abrigada y al calorcito de su estudio, se sentó delante del ordenador para descargar las fotos que había sacado. Pensó en pintar un cuadro de grandes dimensiones de aquella calle de Chelsea que tanto le había gustado. Algún día viviría allí. Si las cosas le iban bien y todo apuntaba a que sí, pronto podría comprarse una de aquellas casas, si es que había alguna en venta, pues la zona estaba muy solicitada.

Miraba las fotos, guardaba las que eran de su gusto y enviaba a la papelera las que no le habían quedado bien, o no le servían para lo que ella necesitaba. De pronto se paró ante una de las fotos en las que salía el individuo aquel que captó casualmente. En una de ellas estaba saliendo de una casa, pero aún no había bajado las escaleras, en la siguiente estaba bajando y en otras dos, caminaba a paso rápido por la acera. Apenas se le veía la cara, excepto en una de ellas, que parecía mirar directamente al objetivo. Amplió para verle bien la cara y... vaya sorpresa se llevó. Era el mismísimo Liam Dormann, el famoso escultor con el que iba a tener la suerte de exponer, bueno no sólo con él, había más artista, pero aquel le interesaba especialmente.

Conocía su obra por las revistas de arte especializadas que siempre se compraba. Justo en una de ellas, el pasado mes de enero, le habían hecho una gran entrevista con la que Alba quedó fascinada. Para ser sinceros también le gustó él físicamente, más de lo que quería admitir, pero es que era tan guapo...

Pensó que si salía de aquella casa, sería porque vivía allí, y si vivía allí probablemente estaría casado, o emparejado, pues aquella parte del barrio estaba habitado prácticamente en su totalidad por familias. Por algo habían dado en llamarlas «casas de familia»

¡Qué lástima! porque era más que guapo atractivo, y mucho. Estaba tan embobada mirando las fotos en la pantalla del pc que no oyó llegar a Xurxo. Aunque él cuando llegaba tenía la costumbre de llamarla bien alto anunciándose.

La verdad es que desde que habían mantenido aquella conversación, apenas habían vuelto a discutir y la tensión entre ellos había disminuido y casi desaparecido. Xurxo al salir de trabajar pasaba bastante tiempo buscando un apartamento que reuniera las condiciones que necesitaba. Había hablado con varios compañeros de trabajo y por fin tenía buenas noticias.

—¡Hola, Alba! ¿Estás en casa?

—¡Hola, Xurxo! Sí, estoy en el estudio.

—He traído comida china para cenar. ¿Te apetece?

—Sí, ¿quieres que cenemos ya?

—Prefiero ducharme antes. ¿Te importa esperar?

—Pues claro que no, dúchate mientras yo voy preparando la mesa.

Tenían una relación demasiado cordial para tratarse de una ruptura, claro que casi podría decirse que era concertada. A Xurxo aquella calma le resultaba un poco rara. Por una parte, quería muchísimo a Alba, pero algo había cambiado entre ellos, al menos por su parte. Le resultaba extraño extraño vivir con su pareja, quererla muchísimo y no apetecerte en absoluto hacer el amor. Es más, estaba deseando encontrar una vivienda adecuada para marcharse de allí, sentía que irse sería una liberación.

Alba también pensaba en cómo sería vivir sin Xurxo a su lado. Por una parte, tenía ganas de que se fuera de una buena vez. Sin embargo, en lo más profundo de sí misma, albergaba un poco de miedo a la soledad. Nunca había estado sola. Primero con su padre, Uxía y los hijos de esta, Marc y Xurxo, este se había convertido en su gran amor adolescente, y con él había compartido piso cuando se fueron a la universidad.

Excepto los años en que ella decidió que lo mejor para estudiar bellas artes era Valencia y se largó a terminar la carrera allí. Aun así, tampoco vivió sola ya que compartió piso con otros estudiantes. Cuando al terminar sus estudios regresó a Galicia, a Xurxo ya se le había pasado el enfado y la esperaba más enamorado que nunca. También ella volvía con la ilusión de poder retomar la relación con él y así lo hicieron. Así que, definitivamente, ésta sería la primera vez que iba a vivir sola y eso le producía un poco de ansiedad. Pero a la vez tenía muchísimas ganas de sentir esa sensación. Y aunque seguro que extrañaría mucho su compañía, sólo